

LA VERDAD SOBRE ROBERTO NELSON

Guillermo Rubio Arias-Paz (Hile)

CAPÍTULO 1

El café se había quedado helado cuando Marta se lo llevó a los labios. Pese a lo cual dio un sorbo, seguido de un suspiro de resignación. Llevaba un largo rato en su despacho, sola; por la mampara transparente vio que la gran sala de redacción estaba vacía. Era de noche, más de las once. Desde que se acercó a la máquina de café y sacó el vasito ardiente, hasta ese momento en que el gusto del café helado la devolvió a la realidad, había estado tan profundamente abstraída en la lectura que no había sido consciente de que sus compañeros de redacción se iban. No todos. Oyó la voz de su jefe, el director de Nacional, que le hablaba desde el despacho de al lado:

- Marta, ¿estás ahí, verdad?

Compañeros. No era una palabra que se ajustara a lo que pensaba de ellos. Ni ellos de ella. La diferencia era que a ellos parecía importarles. A ella no. Buscó otra que se ajustara mejor a la realidad. ¿Colegas? Esa había sido su aspiración durante los años de universidad: tener colegas de profesión. Después, tras conocer a los redactores del diario, el sueño se había roto. Recordaba el momento exacto en que empezaron a mirarla de otra manera; fue cuando logró que le publicaran un artículo a tres columnas, sobre la invasión de comercios chinos en el centro de Madrid. Llevaba sólo 4 meses en la redacción, era aún becaria. Saltándose todos los pasos jerárquicos, habló directamente con el jefe de redacción local, para comentarle lo que estaba investigando: fue él quien le dio permiso para seguir adelante con ello. Ahora, dos años después, ella ocupaba su puesto, y él, Alfredo Pastor, había ascendido a director de Nacional.

- Aquí estoy – Marta dirigió su voz hacia la mampara, transparente desde la mitad de su altura, que separaba su despacho del de su superior – ¿Se te ha ocurrido alguna cosa peor para mi fin de semana?

La cabeza de Marta recordó otra noche idéntica, hacía pocos años. Había sabido desde el inicio que el interés de Alfredo por la noticia de los chinos no era real; simplemente la había dejado hacer, contento de que al menos esa becaria no se convirtiera en otra carga, como había pasado con tantos alumnos en prácticas. El convenio de colaboración del diario con la Universidad Complutense obligaba a Alfredo a aceptar

alumnos de último curso de Periodismo como becarios. Las ventajas del convenio se escapaban a su ámbito. Suponía que las había, en forma de acceso a informaciones exclusivas o prerrogativas institucionales, aparte de la imagen del diario entre los universitarios. Para él, el convenio suponía un carrusel de nuevas caras que pasaban en la redacción entre tres y seis meses, dedicados a las tareas más burocráticas. Si alguno intentaba aportar alguna idea para desarrollarla como noticia, o era una necesidad o le era adjudicada un redactor de plantilla, para desarrollarla bajo su mando: lo que era aún peor, pues los redactores siempre veían al becario como competencia, y el asunto, aunque tuviera posibilidades de convertirse en noticia, acababa siendo desestimado; en caso de que llegara a alcanzar la categoría de publicable, llevaría la firma del redactor. Los becarios aceptaban esas normas del juego: al acabar la universidad podían añadir en su currículum su experiencia en un famoso diario de ámbito nacional.

Todo esto lo intuyó Marta en cuanto pasó dos semanas en la sala de redacción, y lo tuvo presente cuando Alfredo le dejó hacer, con el asunto de las mafias chinas. Pero ella había dejado su pueblo manchego con el objetivo, grabado en la cabeza, de ser periodista en un diario nacional. Su familia, sus amigas, su primer novio, al que dejó para ir a la capital, leerían su nombre al pie de las noticias. No iba a consentir que se aprovecharan de ella a cambio de nada; decidió que eso no le iba a pasar. Ella no sería una becaria más.

El artículo se había publicado en agosto, cuando ya tenía su licenciatura y había podido dedicar todo su tiempo a investigar sobre las mafias chinas. No pudo firmarlo, pero aprovechó las vacaciones del redactor del que dependía para lograr que, al menos, no llevara otra firma. La noticia destapó una trama de presiones a los comerciantes tradicionales de la zona de El Rastro, para que accedieran a vender sus locales a mafias chinas. Y una posterior trama de extorsión de esas mafias a los propios comerciantes chinos, quienes se veían obligados a pagar con creces la ayuda que habían recibido para conseguir un local a buen precio. Todo ello en aparente connivencia con ediles del distrito, quienes habían agilizado los permisos de esas tiendas, permitiendo además la instalación de multicolores anuncios de neón sobre fachadas oficialmente protegidas. La información daba nombres y datos que no podían negarse. La noticia tuvo eco en